

varias cuestiones previas. Al margen de los guiños políticos que Azorín depara ya a Antonio Maura frente al gabinete Moret, dos cuestiones embargan al viajero: el fenómeno político de *Solidaritat Catalana* resultado del fenómeno social del catalanismo, y la reacción contra la ley de jurisdicciones, motivada precisamente por la caricatura del *Cu-Cut*, y como respaldo del ataque de un grupo de oficiales del ejército a los locales de dicho semanario satírico y de *La Veu de Catalunya*. Azorín seguramente no participaba del entusiasmo y de la pasión regeneradora de Unamuno, quien le había escrito el 3 de diciembre de 1905 exhortándole a la protesta por la salvajada de los oficiales de Barcelona: «Ante ese vergonzoso estallido de antipatriótica patriotería en que por vil adulación al sable —y no por otra cosa— ha estallado esa prensa de cobardía y de mentira, en vez de protestar del motín oficialesco de Barcelona, ¿qué hace esa juventud que se unió para protestar de una cosa literaria?». Desde luego que Azorín no pondría el empeño y el tesón de la protesta literaria de meses antes, con oportunidad del homenaje nacional a Echegaray, pero, en cambio, estaba usando de la ironía y de la sátira en las columnas de *ABC* (21 y 22-II-1906) para, con método heredado de Larra y Clarín (dos de sus devociones) ridiculizar y atacar el proyecto de ley de jurisdicciones, haciendo equivaler la representación de España con el casticismo más vacuo y estéril: «Esta es la razón que tenemos nosotros para pedir que cualquier señor diputado de la nación presente en la Cámara una enmienda al art. 3º del proyecto que se discute, y exprese en esta enmienda que sean perseguidos y castigados cuantos vejen, injurien o menosprecien el cocido, la capa, los toros y la navaja».

En consecuencia, el viajero que se hospeda en un hotel mediano del ya dibujado *ensanche* barcelonés el primero de abril, no es un observador frío y distante —como decía D'Ors en el *Glosari* de 1906, y, preciso es decirlo, a propósito del viaje de Azorín a la capital catalana, que no debía ser el viajero que pretendiese entender las cosas—, sino un observador fervoroso que de inmediato va a trasladar a sus lectores, bajo el manto de un análisis imparcial, su discreta admiración por la Catalunya burguesa y por la activa Barcelona modernista. El *enlluernament* de Azorín es lacónico y abnegado en sus palabras —como sostenía D'Ors debía serlo el viajero que huye del dato aparente y capta la esencia de lo que ve y conoce—, pues las cede a sus interlocutores: Jaume Carner, Prat de la Riba, Puig i Cadafalch, Miguel de los Santos Oliver, Domènech i Montaner, Roca i Roca, Eusebio Corominas, Lerroux y Junoy. O bien, el *enlluernament* se reconoce en el primor con que describe la urbanidad de las señoras o la comodidad de las viviendas. Lástima, no obstante, que de Oller sólo recuerde su nerviosismo y, sobre todo, que de Maragall únicamente nos trasmita estas

palabras: «el exquisito, el sutil poeta, que escribe crónicas de una tan elevada idealidad». Años más tarde, en *Andando y pensando (Notas de un transeúnte)* (1929) le rendiría un impecable homenaje, que habría de prolongar en una breve y precioso ensayo de 1943, amén del recuerdo emocionado que le dedica en *Madrid* (1941).

Azorín —lo escribió en varias ocasiones— está convencido de que Cataluña es la puerta a Europa de la España Moderna. Entusiasta de la cultura francesa, la Cataluña de 1906 se le ofrece como la paulatina vía de penetración del romanticismo, el naturalismo, el impresionismo, etc. Su simpatía alcanza tanto al tráfago incesante de las calles barcelonesas —«el estrépito de los coches, de los gritos de los vendedores, de los tranvías, de la muchedumbre que discurre por la ancha Rambla»— como al «inmenso panorama de oteros, colinas, altozanos y recuestos» que divisa desde Montserrat, donde todo es «esquividad, silencio y paz».

No sorprende que Azorín busque información para sus impresiones barcelonesas, que giran en torno a la reciente formación de *Solidaritat Catalana* («la concentración de fuerzas más amplia y poderosa nunca vista en Cataluña», según Raymond Carr), en políticos o directores de periódicos. Lo que sorprende es que, al margen de la faceta política de Domènech i Montaner y Puig i Cadafalch, fije su atención en dos arquitectos. La razón de este interés reside en el espíritu renacentista de sus personalidades: estableciendo un paralelismo entre Barcelona y las ciudades italianas del XV, Azorín ve, en cada uno de los grandes arquitectos modernistas, al «hombre enciclopédico, sintético, que reunía en sí todo el espíritu de la ciudad y era como el timonel espiritual de esta nave en que todos marchaban»; estos arquitectos han trazado la orientación estética de la ciudad y han contribuido a la formación del carácter ciudadano. Son, en certera imagen azoriniana, los hombres-troqueles, los hombres-diapasones de la ciudad de Barcelona. Estos poetas de la piedra son «los creadores más fuertes de este espíritu que envuelve a la gran ciudad».

En Barcelona es además de la expresión más cabal del entusiasmo de Azorín por la ciudad, un conjunto de impresiones donde «la templaza del arte de Azorín» (Ortega *dixit*) alcanza los detalles triviales y el breve retrato revelador: Roca i Roca, «valiente luchador» desde *La Campana de Gracia*; Corominas, «grave e íntegro» en *La Publicidad*; Oliver, «frío y profundo» en el *Diario de Barcelona*, periódico en el que Azorín colaboraba regularmente desde 1905, mientras que a partir de 1910 lo haría en *La Vanguardia*; Domènech, «el reflexivo»; Puig i Cadafalch, «enérgico y cultísimo»; Prat de la Riba, «el espíritu más profundo, más intenso, que hemos encontrado nosotros en el regionalismo»... Este *maximus in minimis* —que también dijo Ortega— del arte azoriniano, transparenta simpatía,

cordialidad y admiración contenida por la vida social, política y cultural barcelonesa, significada, en la escritura de los primores de lo vulgar, ora en «el claro mirador de cristales» de la casa de Prat de la Riba en Vallvidriera, ora en «los espléndidos platos de una antigua vajilla» de la casa campesina, «tan sobria y cómoda, que un lord inglés encontraría irreprochable», de los señores Güell. El discreto encanto de la burguesía barcelonesa había impresionado vivamente a Azorín, quien, ya de vuelta en Madrid, escribe una última crónica confesando que los días barceloneses «no se borrarán jamás de nuestra memoria».

IV. Pío Baroja

«En Baroja es la cristallisació literaria del fons de l'ànima espanyola, descregada y pessimista, com l'ànima d'un patrici arribat a la vellesa y a la penuria després d'un viure violent, dilapidador y llibertí». Estas líneas proceden de un artículo sin firma —*Les paradoxes den Baroja*— aparecido el 21 de diciembre de 1909 en *El Poble Catalá*, diario que inspiraba Pere Corominas, y en el contexto inmediatamente posterior a las elecciones municipales barcelonesas del 12 de diciembre, que habían supuesto un triunfo de las filas radicales, en las que militaba Pío Baroja, quien rápidamente contestó en el madrileño *El País*, desplegando los alfiles lerrouxistas frente a las izquierdas nacionalistas, en una partida posicional que habría de culminar en el discurso *Divagaciones acerca de Barcelona*, que Baroja leyó durante su estancia barcelonesa de marzo de 1910.

Cuando el gran novelista vasco se adhiere, en el otoño de 1909, al Partido Republicano Radical, su relación con Barcelona y la cultura catalana es ya sumamente compleja, y el breve matrimonio de este adalid del criticismo pequeñoburgués español con Lerroux, acentuará el tono crispado de la dialéctica. Dialéctica que había iniciado el propio Baroja con un largo artículo, rotulado «El problema catalán. La influencia judía», aparecido en *El Mundo* (15-XI-1907) en el fragor de la campaña que el diario de Santiago Mataix sostenía contra *Solidaritat catalana*.

El artículo, escrito en clave humorística, transparenta una ruda desfachatez. Parte de una doble anécdota: los comentarios que de varios artistas catalanes (Vives, D'Ors...) Baroja escuchó en una de las habituales tertulias madrileñas, y las confidencias que le hicieron Junoy y Agulló durante la estancia barcelonesa de abril de 1906, cuando el novelista —camino de Italia— se encontró con «Azorín haciendo una investigación acerca de la política catalana». El anecdotario le revela que el odio de los catalanes a España se debe a dos causas: el sentimiento de una nacionali-

dad frustrada y la procedencia semita. El desahogo barojiano, arbitrario y aberrante, advierte componentes judaicos amalgamados en sangre fenicia en la literatura de «absoluta banalidad» de Rusiñol, en el quehacer «hábil, habilísimo, conocedor de su oficio, pero absolutamente epidérmico» de Ramón Casas, o en el teatro de Iglesias, «siempre blando, llorón, sentimental y con una rebeldía ñoña y un sentido plebeyo». El irritante Baroja —que mereció la réplica de Josep Carner en *La Veu de Catalunya* y la de Jaume Brossa en *España Nueva*— se convertía en el descalificador más injusto del *Modernisme* barcelonés, contraviniendo sus propios juicios de 1900 en el rotativo barcelonés *Las Noticias*, y del catalanismo, al que, ahora, reduce a un problema de sentimientos y a un fermento activo «que podría ser útil si el resto de España tuviera fuerza y vigor».

El rebelde escritor vasco, a quien nunca sedujeron el laurel ni la percalina, se dejó seducir por Lerroux, y cuando vuelve a Barcelona en la Semana Santa de 1910 (había viajado también en febrero del año anterior), viene acompañado de las resonancias que su artículo *Los Argonautas*, aparecido en *El País* (25-XII-1909) había producido en la intelectualidad barcelonesa. El artículo es un juicio destemplado de algunos intelectuales barceloneses, aquéllos que Baroja recuerda llegando a Madrid a principios de siglo, precedidos de un prestigio que «los ponía en los cuernos de la luna», y que al joven de «barba de panocha maiciega que subraya la expresión inteligente del rostro nórdico» (según Almagro San Martín le retrata en su *Biografía de 1900*), se le figuraron «los argonautas de la intelectualidad, cerniéndose sobre la desolada y poco espiritual meseta castellana». Pere Corominas, Marquina, Brossa y Gabriel Alomar son «los argonautas del género full», contra los que Baroja despótica, para de inmediato subrayar que «el único que entre todos ellos se destaca por su sencillez, por su modestia, por su talento real es Juan Maragall». Finalmente Baroja aconsejaba a los argonautas echar una mirada alrededor para ver cuánta «gente que da el timo literario y el filosófico» hay entre ellos.

Con estos antecedentes y el fervor político del radicalismo barcelonés como decorado, Baroja llega a Barcelona en la lluviosa mañana del 20 de marzo, acompañado de Alvaro de Albornoz y Rafael Salillas. En la estación de Gracia les reciben Hermenegildo Giner de los Ríos, Emiliano Iglesias y Lerroux («Lerroux me invitó a ir con él a la capital catalana», recuerda Baroja en sus *Memorias*). El motivo de la visita era —como el propio novelista señaló en su intervención en el acto multitudinario del Partido Radical en un tinglado del muelle de la muralla, próximo al «Mundial Palace»— saludar en nombre de los radicales madrileños a los fieles de Lerroux, a quien demagógicamente comparó con «un nuevo San Jorge con el pie sobre la vieja arpía del clericalismo, que tiene las uñas